



Ciencia Nueva
Revista de Historia y Política.



Maestría en Historia



Università degli Studi di Salerno
Maestría en Ciencias Políticas

ANALES Y MEMORIAS DEL CENTRO-OCCIDENTE
COLOMBIANO

**LA HISTORIA REGIONAL Y LA GENERACIÓN DE LAS
IDENTIDADES**

REGIONAL HISTORY AND IDENTITIES' GENERATION

Alfredo Cardona Tobón y Armando Martínez Garnica

pp. 279-286

Vol. 1 N° 1, Enero-Junio de 2017
Pereira, Colombia

LA HISTORIA REGIONAL Y LA GENERACIÓN DE LAS IDENTIDADES *

REGIONAL HISTORY AND IDENTITIES' GENERATION

Alfredo Cardona Tobón y Armando Martínez Garnica **
alcartob@gmail.com – armando@uis.edu.co

Recibido:	07 de abril de 2016
Revisado:	02 de mayo de 2016
Aceptado:	09 de septiembre de 2016
Publicado:	25 de noviembre de 2016

Intervención de Alfredo Cardona Tobón

Desde los años sesenta del siglo pasado, un grupo de profesionales de diversas áreas han estado estudiando el pasado y el presente del Eje Cafetero, analizando hechos, buscando las causas y consecuencias de los sucesos. En estas décadas se ha pasado de la parte descriptiva y la historia blanca a una historia analítica donde se tienen en cuenta las comunidades de base y los acontecimientos que han marcado nuestro destino.

El doctor Otto Morales Benítez la llamó la “Generación de las identidades” en contraposición a estudiosos de la historia regional del siglo XIX y principios del XX, comprometidos con los notables, con lo europeo y el catolicismo. La “Generación de las identidades” empezó a visualizarse en los “Encuentros de las Palabra” de Riosucio, Caldas, con la obra de Ariel Escobar, Albeiro Valencia, Jorge Eliecer Zapata, Alfredo Cardona, Octavio Hernández, Julián Chica, Víctor Zuluaga, Ricardo de los Ríos y otros “Forjadores de identidad” que han incorporado a las disciplinas tradicionales la lingüística, la economía, la sociología, la arqueología del paisaje, la demografía, la estadística y con todos esos elementos están descubriendo el pasado y señalando rutas para el futuro.

Esos forjadores de identidad, según palabras de Eliecer Zapata, no se han limitado a desempolvar documentos y a recoger testimonios: Están capturando la memoria reciente para encontrar nuevas visiones; están cotejando, confrontando, corrigiendo y complementando lo dicho y escrito, porque en la Historia nada es inamovible ni definitivo, pues siempre hay nuevas interpretaciones que nos acercan a la verdad.

La llamada “Generación de las Identidades” está comprometida, principalmente, con la historia regional, que poco tiene que ver con los límites cartográficos y mucho con las estructuras que la definen, por eso se habla de región paisa, región caribe, y en nuestro caso del Eje Cafetero que comprende infinidad de sectores con temáticas propias e individuales.

La “Generación de las identidades” está sacando la historia regional del parroquialismo, conectándola con el devenir colombiano y vinculándola con los sucesos

* Conferencia dictada el 12 de febrero de 2016 como Lección inaugural para la Maestría en Historia de la Universidad Tecnológica de Pereira. El presente artículo respeta las directrices y normas dispuestas en la Declaración de Ética de Publicación de Ciencia Nueva, Revista de Historia y Política. Esta declaración puede consultarse en la página web de la revista: revistas.utp.edu.co/index.php/historia

** Alfredo Cardona Tobón es Ingeniero de la Universidad Tecnológica de Pereira. Armando Martínez Garnica es Doctor en Historia del Colegio de México, y posee un Postdoctorado en Historia de la Universidad Andina Simón Bolívar de Ecuador.

nacionales; tal es el caso de la colonización antioqueña, el desarrollo de la caficultura, la explotación aurífera en Marmato y Supía; la Esponsión de Manizales y los sucesos posteriores que cambiaron el rumbo de Colombia y la guerra de 1876 que fue un punto de inflexión en la historia política del país.

El trabajo realizado por ellos ha sido a pulso, sin ayuda del Estado. Por intuición los investigadores están estudiando los archivos parroquiales, notariales, municipales y particulares, a veces sin método ni una sólida formación académica, pero con perseverancia y responsabilidad: De nuevo, se leen los apolillados periódicos pueblerinos, las cartas familiares y se rescatan los testimonios de los abuelos, que sin esos forjadores de identidad hubieran desaparecido.

Es una labor que no puede ignorarse, desaprovecharse o mirarse con desdén desde la Academia. En cada cabecera municipal, en todos los caseríos y veredas alguien guarda con amor filial el recuerdo y la lucha de sus mayores, a veces en cuadernos deshilachados, en libros humildes o en el disco duro de su memoria.

“La generación de las identidades” tiene su teatro en las Academias de historia de Caldas, Risaralda y Quindío, en varios centros de historia, en algunos museos locales y su obra tiene como vitrina los periódicos *La Patria* de Manizales, *El Diario del Otún* de Pereira, *La Crónica* de Armenia y la revista *Impronta*.

Ya que el Eje Cafetero es una zona de clara stirpe campesina, por fuerza su historia regional es una historia que empieza en los barbechos, en la finca, en la hacienda donde poco a poco conforma una identidad y unos imaginarios que se enmarcan dentro del llamado Paisaje Cultural Cafetero.

En el ámbito de la Historia Regional, la Academia Pereirana de Historia está desarrollando el proyecto de la Historia de los corregimientos del municipio, que podría servir de ejemplo al resto de Colombia. Es así, como por primera vez se investiga sobre los corregimientos de La Florida, La Bella, Altagracia, Tribunales-Córcega, Arabia, Caimalito, Puerto Caldas, La Estrella, Morelia, Combia y Cerritos y los investigadores se interesan en ocupación de los predios, las tensiones sociales, la vida cotidiana y la conexión del campo con la ciudad.

Ha sido una experiencia que muestra la heterogeneidad de las comunidades campesinas con historias diferentes enlazadas con otras próximas o lejanas: se tiene, por ejemplo, el corregimiento de La Florida con su vocación turística, sus bosques y nevados y el corregimiento de Puerto Caldas con sus ranchos de lata y una larga calle polvorienta donde en cada postigo asoma la desesperanza. En el territorio pereirano vemos al corregimiento de Arabia con los cafetales, la tierra ajena, el aroma campirano y al corregimiento de Tribunales-Córcega, donde lo rural se confunde con lo urbano y los moteles remplazaron las casitas de guadua.

Asombra descubrir en las veredas y poblados de esos corregimientos todos los fenómenos pasados y presentes de la nacionalidad colombiana: El corregimiento de La Bella creció sobre los abiertos de los grandes propietarios paisas y se fue fraccionando a medida que llegaron desplazados de las distintas violencias que crearon un emporio de cebolla y hortalizas; en cambio en Caimalito, la comunidad se fue agrupando sobre la vía del tren, y sin tierras para cultivar tuvieron que buscar la vida en el río Cauca, como pescadores o simplemente sacando arena de su lecho.

En el corregimiento de Cerritos nos topamos con dos mundos: El de unos pocos privilegiados y de muchos que no tienen nada. Es la zona de lujosos hoteles y condominios, del parque Ukumari y complejos turísticos y también es la zona donde en un callejón de

varios kilómetros se ve la miseria y la necesidad de una comunidad vecina de una ciudad que dice tenerlo todo.

No por ser simple, la historia regional puede manejarse con superficialidad; es menester el conocimiento de las leyes sociales, la estadística, la demografía, la representación de lo colectivo. No podemos dejarnos llevar por lo anecdótico; eso es parte del aliño, porque la escritura amena no riñe con la historia. La gente común rechaza los escritos pesados: Pueden estar cargados de erudición, pero no enamoran al lector ni lo acercan a las realidades que se pretende mostrar ni a los valores que se quieren realzar.

Sin la historia regional, y sobre todo sin la historia rural, no se puede hablar de la historia extensa. Recordemos que Pereira y casi todas las ciudades y aldeas de esta zona nacieron al pie del surco, al lado de la fonda caminera o del camino de arriería. Primero fue el maíz, la caña, los cerdos, las trochas... Después el café, el comercio, la industria y las autopistas. Sin el labriego de cotizas, sin el recolector de café, sin los bultos de panela Pereira no sería la capital del departamento de Risaralda ni una ciudad con grandes áreas comerciales.

No es fácil escribir la historia regional. Aquí no hay personajes de relumbrón ni grandes hechos guerreros. Entonces, ¿cómo se escribe?, preguntarán quienes saben más de Napoleón que de don Félix de la Abadía.

Debemos admitir de entrada, que no solo los próceres han modelado la historia y tener en cuenta que sucesos aparentemente modestos pueden tener la importancia de un veinte de julio en una pequeña comunidad.

No se puede investigar por investigar; hay que definir un objeto de nuestra historia y darle un sentido pragmático y moral, porque los hechos pasados deben servir para enderezar los futuros. Una vez definido el objeto debemos recoger los escritos y los recuerdos, sin desechar nada, porque lo que parece anodino ahora, puede ser la conexión que se necesite en un proyecto posterior. Aquí juega la serendipia, que debe aprovechar el historiador, porque a cada paso encontramos lo que no buscábamos y se enriquece nuestra visión general.

El historiador no debe ser un simple ratón de biblioteca, ni un repetidor de citas ajenas, como tampoco un recolector de datos. El investigador tiene que interactuar con la gente y zambullirse en su vida cotidiana; debe indagar, buscar visiones diferentes, comparar, tamizar y confrontar. En cada leyenda, en cada crónica, en los recuerdos y tradiciones hay verdad y hay falsedades, por ello su cultura debe ser amplia y variada con la premisa del conocimiento del medio y de la gente.

Son tan grandes los vacíos en la historia regional que quien se adentra en sus vericuetos se ve en la obligación forzosa de asignar significados y plantear hipótesis, pues la realidad no es cosa dada y ante el desconocimiento debe darse una interpretación. Existen muchos campos inexplorados en nuestra historia rural debidos al desprecio por lo nuestro.

Uno de los olvidados es la toponimia; Octavio Hernández y Alejandro Ugarte han rescatado los nombres de antiguas localidades indígenas en la banda izquierda del río Cauca; es así como renacen palabras hermosas como Zarcirí, Sausaguá, Taudía y otras como Guacuma y Kurumbí han retornado con las leyendas de Gobía, Batero y Opirama.

Varios proyectos se están ligando a la lingüística; en sus pesquisas el etnoeducador Merardo Largo descubrió las últimas cinco familias que hablan el lenguaje umbra y con el apoyo del lingüista Guillermo Rendón empezó a rescatar la lengua de los ancestros risaraldenses. Para complementar, su hermano Giovanni Largo fundó una escuelita en la vereda Mápura en Quinchía y de nuevo la *xunxura* o voz del pasado empezó a vivir en la garganta de los niños nativos y se descubrió que cirirí, meme, vihao, fara y bore son palabras umbras incorporadas al idioma castellano.

En fin... Es mucho lo que falta por emprender y rescatar...

Nuestros intelectuales se han desligado de la realidad local, parecen estancados dentro de algunas temáticas ajenas a nuestra identidad; de ahí surgen los greco-quimbayas y otros grupos que suspiraron en francés y ahora lo hacen en el idioma inglés.

Bernardo Arias se aproximó a las negritudes y Ariel Escobar a la caucanidad y pare de contar; nadie ha tocado las aldeas fantasmas de Opirama, Papayal e Irrada ni se ha acercado a las riberas del río Magdalena. A excepción de Víctor Zuluaga, nuestros historiadores siguen enfrascados con los paisas olvidando a los indígenas. Poco se ha escrito sobre los movimientos de reivindicación social de nuestras comunidades y no se ha estudiado a fondo el origen de la violencia que nos ha castigado desde siempre.

Son grandes los retos.

Estamos en mora de analizar los sucesos que han modelado nuestro presente y hemos olvidado la exaltación de todo aquello que nos da valor, permanencia y proyección en el futuro.

Intervención de Armando Martínez Garnica

Después de agradecer la generosidad de esta invitación de la Universidad Tecnológica de Pereira, quiero hablarles desde mis tres décadas de experiencia como historiador acerca de cuatro dualidades que resolví en mi vida profesional cuando hacía historia regional de Santander.

La primera dualidad es la del vocabulario que debe usarse en el relato histórico, es decir, la decisión entre usar los conceptos fabricados en el gabinete de los sociólogos o los conceptos que emanan de las propias fuentes de la investigación histórica. Según la resolución que se tome, elegimos una opción de rigurosidad en el uso del lenguaje del análisis histórico, esto es, entre la preferencia por los lenguajes a la moda o por el lenguaje de los testimonios documentales de las sociedades que nos antecedieron. La segunda dualidad es entre el rechazo a ser ágrafo para ser escritor prolífico, con las consecuencias que deja en la sociedad en la cual vive el historiador. La tercera dualidad tiene que ver directamente con la ética en el investigador, es decir, entre el deber de comunicar lo que uno se representa o el guardar silencio. Y la última dualidad se refiere a la utilidad o, mejor, al sentido de la historia.

Los jóvenes de la nueva generación que vino al mundo en Colombia tienen una ventaja sobre mi generación: Haber llegado posteriormente. Los que entramos a este mundo en la época de la desorientada oposición juvenil al arreglo institucional del Frente Nacional, sancionada por un plebiscito popular, no pudimos escapar a la disputa de los discursos de la sociología leídos en clave militante. No era posible investigar algún aspecto de la sociedad nacional hasta no haberse registrado en alguna de sus corrientes y de asumir sus propuestas conceptuales con fe de crédulo devoto. Esas beaterías obligaban a demostrar la fe del “marxiano”, del “weberiano” o del “parsoniano”. Desafortunadamente en esa época no estaban aún disponibles en la lengua castellana las obras de Norbert Elias que podrían habernos salvado de esas aguas procelosas de las lecturas ideologizadas de los clásicos de la sociología de Occidente. Lo normal era que nuestros profesores no nos dejaran avanzar en alguna investigación hasta que declarásemos la fe en un “marco teórico” y esa tarea podía alejarnos por años del camino a las fuentes legadas por las sociedades antiguas. Aún conservo en mi biblioteca personal la *Dialéctica de lo concreto* de Karel Kosik (1963), en la edición mexicana de Grijalbo (1967) que tiene prólogo de Adolfo Sánchez Vásquez, y la reflexión de Antonio Gramsci sobre *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, en la

edición argentina de Nueva Visión (1973). Aunque allí Gramsci nos advertía que toda organización revolucionaria requería de intelectuales, que él entendía como organizadores y dirigentes, en esa época juvenil nos comportábamos como las masas, que en cuanto tales solo pueden vivir la filosofía como una fe. Era una época, como repetía Germán Colmenares, de beaterías. Claro que leímos los *Problemas de método* de Jean Paul Sartre, que en 1963 tradujo Jorge Orlando Melo de la revista *Les Temps Modernes*, pero no extraíamos nada útil para alguna investigación sobre la sociedad colombiana.

Yo sufrí esas beaterías porque quizás muy pocos de mi generación escaparon de ellas en las universidades públicas durante las décadas de 1960 y 1970. Pero un intempestivo y feliz nacimiento de un niño en Ibagué fue la oportunidad que me permitió escapar, ya que en el palacio municipal de esa ciudad tolimense, muy alejada de mi tierra natal, encontré el archivo de sus libros de cabildo desde 1701. Después de superar la barrera paleográfica comprobé la inmensa distancia que mediaba entre lo que allí se describía respecto de los discursos abstractos que anteriormente había leído. En vez de burgueses londinenses vestidos con levitas y sombreros de copa encontré a curtidos ganaderos abastecedores de carne, indios yanaconas, especuladores de víveres, arrieros, alcaldes ordinarios de primera y segunda vara, pulperos, frailes y mal entretenidos. En vez de esa letanía con que los devotos aseguraban que la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días no es más que la historia de la lucha de clases, en la cual siempre están enfrentados opresores y oprimidos, aparecían en los libros de cabildo los indios yanaconas que los vecinos de la ciudad toleraban en el arrabal, los alcaldes de la santa hermandad que obligaban a los ganaderos a abastecer de carne el mercado semanal, los autos de buen gobierno que enseñaban a todos a vivir en policía cristiana, las juras de fidelidad a un nuevo rey llegado al trono y los procuradores pidiendo medidas de buen gobierno para el común. La riqueza social que emanaba de la lectura de esas fuentes del siglo XVIII, con el rico vocabulario castellano correspondiente, superaba con creces todo cuanto había escuchado en los debates universitarios.

Ese golpe de suerte y el entusiasmo con que emprendí la lectura de los residuos documentales de una ciudad indiana del siglo XVIII me abrieron el camino hacia los estudios doctorales en el exterior y a tomar partido por el lenguaje de los documentos, aquel que es contemporáneo a la sociedad que estudiaba. La dualidad entre el discurso sociológico, con sus conceptos fabricados en gabinete, y el lenguaje contemporáneo de los documentos, fue resuelta en favor de este último. Este reconocimiento de la importancia de los conceptos con los cuales las sociedades mismas se reconocían a sí mismas, expresados en su peculiar vocabulario epocal, me abrió un camino expedito antes de que existiera el giro contextual o la historia conceptual de nuestros días.

Por ello quiero decirles que hay que tomarse muy en serio el lenguaje de los documentos que nos sirven de fuente. El primer consejo que quiero dejarles es el de que *los historiadores son escritores que nunca pierden de vista sus fuentes documentales y el vocabulario que de ellas emana*. Leopold von Ranke, el paradigma del historiador moderno, nos legó el arte de pie de página, el tributo que todo historiador debe rendir a sus fuentes. Por ello los historiadores no podemos aceptar las normas de citación de la Asociación Americana de Psicología, dado que no solamente destruyen la belleza de la escritura, sino que eliminan la riqueza de las notas de pie de página, aquellas que remiten a los comentarios derivados de los documentos de archivo.

Todo historiador debe escoger entre el empleo de los conceptos del lenguaje de moda o, por el contrario, usar los conceptos propios de cada momento histórico que se encuentran en los documentos contemporáneos. Por ejemplo, mi generación hablaba sin parar de

“colonia” y de “régimen colonial” cada vez que se refería a las ciudades o villas del Nuevo Reino de Granada en los tiempos indios. Pero en ningún documento de ese tiempo aparece esa palabra. Se trataba de una transposición de la experiencia anglosajona a la experiencia hispana. Las sociedades indianas eran, en términos políticos, reinos o provincias de la monarquía en las Indias. Solo existieron dos excepciones: la colonia inglesa de Old Providence y la colonia de escoceses de la Nueva Caledonia, en el golfo de Urabá, tan escasamente estudiadas. Si se leen los documentos de archivo aparecerán las palabras reino, provincia, ciudad, villa, parroquia y pueblo de indios. El rigor de la investigación nos obliga a usarlas, en lugar de estar hablando de colonias, una atropía porque ese concepto pertenece a las posesiones de los ingleses o de los franceses en América.

Pasemos a la segunda dualidad. Mis maestros, exceptuando a César Augusto Velandia Jagua, casi no escribieron. El profesor Darío Mesa, legendario maestro de juventudes en la facultad de Sociología de la Universidad Nacional, no vertió su erudición en libros, de tal suerte que lo poco que podemos leer de él se debe a los apuntes y las colecciones de mimeografiados de sus alumnos. A mí la vida me enseñó que el que se mete a investigar en un archivo queda obligado a escribir, así no se publique el texto resultante. Mi gran orgullo es que buena parte de mis alumnos son conocidos en el país porque no paran de escribir, así algunos escriban de más y hasta novelas, con lo cual son conocidos y recorren el país ofreciendo conferencias y dando entrevistas a los periodistas culturales. Mi segundo consejo es entonces este: *Escriban todos los días*. ¿Para qué se va uno a meter a un archivo si no va a escribir? Pues si no van a escribir las representaciones que resultan de la lectura de los papeles de archivo es mejor que empleen ese tiempo para bailar en una discoteca, que es una actividad más saludable. Quien se mete a historiador no debe olvidar que se metió a escritor.

La lengua castellana que nos tocó como lengua materna es una lengua maravillosa, porque nos permite comunicar nuestras representaciones a unas quinientas millones de personas, si es que existe la posibilidad de que puedan aprender, y porque ofrece unos recursos inagotables. El *Diccionario de americanismos* es tan grueso como el de la lengua española, y se acaba de anunciar la edición de un completo *Diccionario de colombianismos*. Originada entre los frailes de unos conventos benedictinos de la provincia de La Rioja, acompañó la conquista de las Indias y floreció donde quiera que fue plantada. Como es una suerte tenerla como lengua materna, debemos honrarla con su cultivo. Y aquí va entonces mi tercer consejo: *No solamente escriban, también cultiven la lengua española en sus escritos y en sus lecturas*.

Como hay que escribir todos los días, patenté para mis estudiantes una ley de oro del historiador eficiente. Formulada en términos matemáticos, reza como sigue: “el tiempo transcurrido entre el momento en el cual se extrae un dato de una fuente y el momento en el que este dato es convertido en párrafo de un texto histórico debe tender a cero”. Tuve demasiados estudiantes que amontonaron kilos de fotocopias o de fichas de cartulina, y ahora lo hacen con las fotografías y los escáneres, pero todo eso es trabajo perdido cuando no son convertidos en párrafos de textos históricos. Así como los maestros de las escuelas inglesas y francesas nos impusieron el lema “*Ad Fontes*”, ahora quiero imponerles el lema “Negro sobre blanco, ya”, es decir, letras castellanas negras sobre pantalla blanca todos los días de la vida.

La tercera dualidad que quiero compartirles se refiere a la ética del historiador. En las lecciones de ética que el filósofo alemán Immanuel Kant ofreció entre 1777 y 1791 encontrarán un título relacionado con los deberes éticos del estamento que se dedica a las tareas intelectuales, es decir, a la adquisición de nuevos conocimientos como ocupación principal. Como todas las demás ocupaciones se legitiman éticamente por las cosas

materiales que producen para el servicio de la vida humana, preguntó: ¿cómo es que la tarea del intelectual se vuelve honrosa para el mejor estar de la humanidad? Su respuesta es todo un programa ético, pues en su opinión los intelectuales no se legitiman solamente por el desarrollo de sus talentos, ni por su contemplación de la belleza de la naturaleza, ni por el fomento de la perfección de la humanidad. En realidad, su tarea solo se vuelve honrosa cuando comunican sus conocimientos a los demás conciudadanos. Como la brevedad de la vida individual y las necesidades urgentes de la sobrevivencia no permiten que en una sociedad todos cultiven las ciencias y se conviertan en sabios, consideró que era propio del destino de la humanidad que unos pocos hombres dedicaran sus vidas a esa tarea, con tal de que estos asumieran el deber de comunicar a los demás su saber para propiciar las metas generales de la humanidad.

Escribir y hablar para comunicar sus representaciones, construidas sobre las mejores fuentes disponibles, es un deber ético de los historiadores. No es posible entonces que nos arroguemos un privilegio especial para no comunicar a nuestra sociedad nuestro saber, o para obstaculizar que nuestros colegas sepan lo que hemos logrado representar, o las fuentes que hemos descubierto. Kant insistía, como hombre de la modernidad, que todos los hombres son iguales en dignidad y que solo poseen un valor interno de superior naturaleza quienes son moralmente buenos. La dualidad entre comunicar o no hacerlo encuentra entonces un imperativo ético para resolverla.

Y la última dualidad se refiere a la pregunta que los jóvenes historiadores se hacen por la utilidad de lo que hacen. Debo decirles que la pregunta por la utilidad de la historia no tiene respuesta porque es una pregunta falsa. La historia no puede tener ninguna utilidad porque no es una cosa útil a la mano, como un martillo, por ejemplo. La pregunta por la utilidad se refiere a las cosas, a las herramientas, a los medios para hacer algo. Por eso, esta pregunta no tiene respuesta en el caso del producto del trabajo de los historiadores, que no es un ente material, una herramienta para intervenir el mundo material. Como una representación espiritual, resultado de la mente humana, la historia solo puede preguntar por su sentido.

¿Cuál es el sentido de las representaciones históricas que fabrican los historiadores a partir de su crítica de las mejores fuentes disponibles? Mi respuesta es simple: Orientar la opinión de los ciudadanos. Tal como lo hacen las magias y las religiones, la historia y la geografía son sistemas de orientación de los ciudadanos en el mundo en el cual viven. No solo de pan viven los hombres, dado que ellos necesitan también para vivir su vida, como se necesita el aire, sistemas de orientación. En general puede decirse que las ciencias son sistemas de orientación en el mundo que procuran sentido a los hombres.

¿Qué es un relato histórico sobre Colombia? Es un relato que le da sentido a nuestra existencia en tanto que somos ciudadanos de una nación y súbditos de un Estado de régimen republicano. Si un relato histórico de alguno de nuestros colegas sostiene que no somos una nación, o que nuestra nación es fracasada, nos quita sentido en nuestra existencia política. ¿Acaso somos una tribu primitiva? ¿Es que aún somos un reino de las Indias? De ser un sistema de orientación, esos relatos nos ponen en un estado de desorientación. La decisión de un Ministerio que suprimió en la instrucción básica la enseñanza de la historia y de la geografía produjo, de manera irresponsable, una generación desorientada en el mundo. Tan desorientada que cuando un escritor antioqueño anunció su renuncia a la nacionalidad colombiana de inmediato un decano de la Universidad Nacional promovió su titulación como doctor *honoris causa*.

Apreciados jóvenes: con estas cuatro dualidades resueltas con mi práctica profesional creo haber respondido a la hospitalidad de tan gentiles anfitriones. Haciendo historia regional de Santander pude resolverlas con muchos trabajos, con lo cual pude comunicarles felizmente a mis paisanos que vinimos al mundo político de Occidente en el siglo XVI como una provincia indiana de los dominios de la Monarquía española, que Bucaramanga vino al mundo en 1622 como un pueblo de indios congregados por un oidor en la provincia de Pamplona, que en la década de 1820 experimentamos el proceso de construcción de una nueva nación llamada Colombia, y que una vez fracasado ese proyecto continuamos como nación granadina por varias décadas, hasta que un antiguo general afecto a Bolívar restauró el nombre de Colombia para nuestra nación. En este año 2016 les estoy comunicando que el hombre de bronce que un gobernador mandó poner sobre un pedestal en el parque principal de Bucaramanga, llamado Custodio García Rovira, fue el comandante de un ejército que intentó en vano detener al ejército expedicionario español en el páramo de Cachirí, y al no lograrlo pudo ser restaurado el reino para la Monarquía de Fernando VII durante el año 1816. Ellos tienen que saberlo, porque cada día pasan por la plaza y al ver ese bronce no le encuentran sentido alguno. Muchos conciudadanos no entienden qué hace el bronce de un afamado caraqueño en las plazas de sus pueblos, aquí en Pereira desnudo, y nos corresponde darle un sentido en el relato sobre la gesta de la nación colombiana. Deseo que los errores de juicio de mi generación, a la luz de nuestra experiencia, permitan que ustedes no los repitan.

Muchas gracias por su atención.